

Carlos Alberto Mayo, historiador de los sentimientos

Samuel Amaral

Desde que nos conocimos en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata a mediados de los años sesenta, hasta nuestro último encuentro en la Academia Nacional de la Historia a fines de 2008, la vida profesional de Carlos Mayo y la mía estuvieron en estrecho contacto. Por eso no puedo mirar hacia atrás sin encontrarlo en alguna clase de historia cuando cursábamos nuestra carrera, en jornadas y congresos, cuando iniciamos nuestras investigaciones, en reuniones de profesores cuando empezamos a enseñar en la universidad, en reuniones de amigos y colegas cuando los tiempos fueron adversos. Como al recordar esas circunstancias estaría, en buena medida, contando mi propia historia, prefiero enfocar estas líneas en la tarea de Carlos como historiador. Lo que expongo a continuación, por lo tanto, es la transcripción de mi nota publicada en el *Anuario IEHS* en 2009, que leí un año después en el homenaje que se le hizo en las XXII Jornadas de Historia Económica, en Río Cuarto, Córdoba.

Desde que entró en la universidad, Carlos sabía y dejaba saber que quería ser ante todo un historiador. Durante sus estudios prestó poca atención a la política universitaria, a pesar de que era una época en la que difícilmente se podía permanecer al margen de ella porque los problemas de nuestro país parecían requerir una respuesta urgente de

los estudiantes. Él, sin embargo, no fue arrastrado por las circunstancias. Había llegado a la universidad armado de inusuales principios democráticos, herencia, quizás, de un abuelo que había sido diputado socialista en los años treinta. Aunque no se dejó atraer por la militancia política, mantuvo esos principios, silenciosamente, a lo largo de su vida y ellos inspiraron su trabajo en el campo de la historia. Esto se manifestó de dos maneras: por un lado, en su desconfianza respecto de las explicaciones omnicomprendidas y su consecuente tolerancia del disenso; por otro, en su creciente preocupación por la gente común, los actores ignotos de la historia social.

La primera manifestación de sus principios quedó expresada en su primer libro, *Diplomacia, política y petróleo en la Argentina (1927-1930)*, escrito en colaboración con Osvaldo Andino y Fernando García Molina, en el que se lee: “hacer historia científica, esto es, con la verdad como objetivo prioritario de la investigación, es empresa difícil, a menudo dolorosa y ciertamente menos grata que la tentación de fabricarse un pasado a medida de las propias convicciones” (1976, p. 166). Aunque los temas que lo atrajeron más adelante no produjeron seguramente un conflicto entre sus convicciones políticas y el resultado de sus estudios, esa actitud revela la marca del historiador que fue: el que ajusta sus explicaciones a la evidencia y no esta a sus prejuicios. Así, años más tarde, en sus estudios sobre la política petrolera durante las presidencias de Uriburu y Justo, realizados también con García Molina, ellos rechazaban las interpretaciones simplistas dadas por los partidarios del gobierno caído en septiembre de 1930 y reclamaban al mismo tiempo la autonomía de la política y de la historia política:

Los hombres del 30 –y no solo ellos– hacían política también por razones políticas. Esto que era obvio antes de Marx ha dejado de serlo desde entonces. La historia política argentina debe ser revalorizada, pero a condición de abandonar de una vez, y acaso para siempre, su obsesión por confinarse el mero relato de los hechos políticos, en el marco de un paupérrimo encuadre que quiere ser

interpretativo y que en realidad no ha pasado de ser, en muchos casos, un simple despliegue de juicios de valor o un mero ejercicio de militancia retrospectiva. (1985, p. 128).

Esta afirmación podía llevar a esperar más contribuciones en esa misma línea desmitificadora de una historia política subordinada a las posiciones militantes, pero Carlos prefirió otro tema como eje de sus estudios.

La sociedad pampeana a fines de la época colonial fue el tema que concentró sus mayores esfuerzos. En él confluían sus dos marcados intereses: el primero, como lo había puesto de manifiesto en su primer libro, por hacer una historia basada en documentos, no en ideas preconcebidas; el segundo, por hacer una historia que excediera el marco regional. Sus trabajos estuvieron basados principalmente en la documentación que recogió en los archivos, cuyo análisis hizo siempre en el marco de la historia colonial americana. Así lo señala Tulio Halperin Donghi en el prólogo a *Estancia y sociedad en la pampa (1740-1820)* (1995), donde también expresa que la decisión del *Anuario del IEHS*¹ al invitar a Carlos a abrir y cerrar la polémica sobre “Gauchos, campesinos y fuerza de trabajo en la campaña rioplatense colonial”, publicada en dicho *Anuario* en 1987, era un reconocimiento a su prelación en esa exploración, y que quienes lo seguimos en ella hicimos de su aporte “un ineludible término de referencia para articular” nuestras propias “preguntas y curiosidades”. Con igual acierto apunta la peculiaridad de la aproximación de Carlos: los otros lo hacíamos desde la perspectiva de la producción; él, desde la de la sociedad. Esta era, sin duda, la clave: aun cuando en su primer acercamiento a su gran tema había rozado la historia económica, su interés, sus preguntas, siempre se ubicaron en la historia social.

¹ Mayo, C. (1987). Sobre peones, vagos y malentretidos: El dilema de la economía rural rioplatense durante la colonia. *Anuario del IEHS* N.º 2, Tandil, UNICEN, pp. 21-32.

Estancia y sociedad en la pampa (1740-1820), libro del que Carlos dijo que era “un intento de dibujar una suerte de historia social de la ganadería colonial porteña”, es no solamente uno de sus más importantes aportes historiográficos sino también un punto de inflexión en su tarea de historiador. Él mismo lo advierte en la introducción:

El lector atento descubrirá una oculta tensión en las páginas que siguen entre una manera de hacer historia social con la que me siento ahora menos cómodo y que a pesar de ello domina el libro y una incipiente apertura hacia una historia más narrativa, más vitalista, que buscar entretener, que se regodea en el detalle, en la descripción de la cotidianidad, en la rutina exterior pero también en los pliegues del alma de sus protagonistas. (1995, p. 23).

Esta nueva manera de encarar su trabajo se nota en los dos últimos capítulos del libro, sobre la mujer y sobre el amor y la sexualidad en el mundo rural pampeano, y de manera mucho más marcada en uno de los nuevos capítulos que agregó luego a la segunda edición de ese libro, “Patricio de Belén: nada menos que un capataz”. En el final de este capítulo, antes publicado en *Hispanic American Historical Review*, refina su nueva visión:

(...) es precisamente su vida la que hemos querido rescatar en un intento por recuperar una dimensión hasta hace poco extraviada de la historia: la dimensión individual. La vida de personas de carne y hueso, más aún, de gente común, ordinaria, anónima, se ha vuelto una vez más un objeto de estudio digno de interés (...) Pero no se trata de ver en una historia individual el reflejo de tendencias y regularidades más vastas, no se trata solo de acumular casos, se trata también de recuperar esa vida en lo que tiene de existencial, de propia, de intransferible... El individuo no es, como creían los historiadores románticos, el demiurgo de la historia, pero aun así puede ser rescatado como víctima de ella, de fuerzas y poderes que no controla pero con los cuales se mide cotidianamente en

su lucha por vivir y sobrevivir. Alguien podría decir que, desde este punto de vista, no vale la pena demorarse en reconstruir vidas como la de Patricio, pasajeras, ocultas e intrascendentes. El historiador que afirme esto (...) está como diciéndonos que su propia vida, la única que tiene, carece de importancia. (1997, p. 617).

Esta es la declaración de principios de su madurez acerca de la historia y del oficio de historiador: le importaba la vida de los individuos como tales, no los casos, ni los agregados, ni las categorías.

A esa concepción se atuvo en sus posteriores esfuerzos, expresados en su último libro, *Porque la quiero tanto: historia del amor en la sociedad rioplatense (1750-1860)*, publicado en 2004. Allí da un paso más en su preocupación por la historia de los individuos: su interés ya no se concentra en los hechos de sus vidas sino exclusivamente en sus sentimientos, “los pliegues del alma”. Quizá porque la historia de estos sea más difícil de estudiar en lapsos cortos, en esta obra fue más allá de los límites del período colonial tardío. Es posible que en el proyecto en que estaba trabajando —la historia del desierto— también hubiese debido abandonar la periodización convencional: su visión de la historia seguramente lo habría llevado a los mismos testimonios de gente común, de individuos sin importancia particular, que fueron la fuente y también el sujeto de sus últimos trabajos, para indagar los sentimientos de quienes estaban perdidos en la inmensidad de la pampa mientras ella era domesticada. Pero más importante que esta transgresión temporal es sin duda la segunda manifestación de sus principios: la reafirmación de que los individuos, no las categorías analíticas creadas por los estudiosos, son el actor central de la historia.

Carlos, que había nacido el 12 de julio de 1947, hizo sus estudios de grado en historia en la Universidad Nacional de La Plata, obtuvo un máster en Rutgers y dos doctorados en historia, en las universidades de La Plata y de California Los Ángeles, con tesis dirigidas por Enrique M. Barba y James Lockhart, respectivamente. Su carrera docente se desarrolló casi por entero en la misma universidad en la que estu-

dió, donde fue profesor hasta su muerte y de la que solo se alejó por breves lapsos para enseñar en las universidades de La Pampa y Mar del Plata y como profesor visitante en las de Massachusetts y Brown. Su interés por los estudios comparativos lo llevó a establecer estrechos vínculos con colegas extranjeros, especialmente canadienses y chilenos, a través de asociaciones para promover los intercambios y de libros editados en común. Supo transmitir el entusiasmo por los temas que lo apasionaron a sus alumnos, en quienes tuvo una respuesta que se prolongó mucho más allá de la efímera relación del aula y se concretó en muchos libros con sus trabajos que él compiló. Fue un gran expositor que sabía, siguiendo también en esto el modelo de su maestro Enrique M. Barba, usar el humor y la ironía para atraer la atención de la audiencia. Sus alumnos lo apreciaban por esto, pero más aún por sus conocimientos, por la atención que les prestaba y por el impulso que les daba involucrándolos en sus investigaciones.

Durante toda su vida Carlos estuvo afectado por problemas de salud, que en los últimos años se habían agravado hasta el punto de limitar sus movimientos y su capacidad de expresión. Sobrellevó esas dificultades sin quejas, ignorándolas, como si fuese completamente natural que le sucedieran. Quizás esa actitud digna y valiente se haya debido a su carácter optimista, pero también a que ellas no le impidieron seguir investigando sus temas, dirigir a sus discípulos y publicar sus trabajos. Nos ha dejado una obra que siempre será leída con provecho; también una orientación historiográfica, acorde con los principios que lo guiaron en su vida, que debe servirnos para la reflexión; y, en lo que a mí concierne, el recuerdo de alguien que no dejó que sus pasiones intelectuales afectaran nuestras relaciones personales y que podía saludarme, por lo tanto, como en la dedicatoria con que me ofreció uno de sus libros, “desde la tranquera de enfrente”.

Hasta aquí he transcripido lo que escribí hace diez años para despedir a Carlos como historiador. De cuanto dije entonces, las últimas líneas son para mí las importantes: él nunca antepuso la diferencia de

opiniones a la amistad. Como amigo lamento su temprana partida, y como colega, que nos haya dejado sin las obras de su madurez.

Al recordarlo en el homenaje que tuvo lugar en la Academia Nacional de la Historia en mayo de 2019 mencioné a dos personas con quienes estuvimos estrechamente vinculados, Enrique M. Barba y Lucila Noelting, que fueron tan importantes en su vida como en la mía. Barba nos abrió las puertas de la profesión y Lucila nos mantuvo unidos por su amistad. Por eso no puedo cerrar estas líneas sobre Carlos sin recordar también a quienes viven con él en mi memoria.